



Neruda en el corazón: evocaciones vitales

PABLO NERUDA

## Con todo el amor y todo el humor

Junto con "Ardiente paciencia", distintos amigos y conocidos del poeta lo recordaron en una serie de charlas en el Galpón de Los Leones

POR GUILLERMO BLANCO

Otro poeta sostuvo, hace algún tiempo, que aún faltaba un libro de Pablo Neruda: que así como ya se había publicado una hermosa edición con *Todo el amor*, debería prepararse también una que contuviera *Todo el humor*.

Francisco Velasco recordó la anécdota, y pasó en seguida a demostrar hasta qué punto se trataba de una empresa viable.

Vecino y amigo de Neruda, Velasco ha ido recogiendo los aspectos sonrientes de su vida, desde los chistes ajenos que solía celebrar y contar —aunque al parecer no muy bien— hasta sus propias ocurrencias, salidas e incluso unos cuantos poemas en chunga.

Entre los chistes regalones del poeta está el de la señora que va a ver al médico y trata de explicarle sus síntomas. Se siente muy nerviosa, dice, con una inquietud como si colgara sobre su cabeza "la espada de Colón". El médico cree haber oído mal. La dama repite. El médico, entonces, muy cortés, sugiere: "¿No será el huevo de Damocles?"

La charla de Velasco formó parte de un ciclo de homenajes, en el mes aniversario

de la muerte del poeta. Después de cada función de *Ardiente paciencia*, la obra que presenta el Nuevo Grupo en el Galpón de Los Leones, un amigo o conocido de Neruda abordó un tema de su interés.

Como lo demostró Velasco, más que elegías se trataba de evocaciones del hombre vivo, con el pulso latiendo.

La "beatería" estuvo ausente. Aunque le reconoció un excelente sentido del humor, y aunque probó que el poeta sabía disfrutar de una buena pulla y también producirlas, Velasco recordó, por ejemplo, que "era un mal contador de chistes. A veces se adelantaba al final", y deshacía el efecto. "Otras, se ahogaba de la risa antes de terminar, o bien olvidaba parte del cuento". Sin embargo, añadió:

—La risa de Pablo era una risa muy especial. Se reía como hacia dentro. Se asfixiaba. Se le saltaban las lágrimas de los ojos. Se atoraba riéndose. Entonces tenía que venir Matilde a golpearle la espalda para que pudiera sacar la respiración.

A veces, Neruda "adoptaba" un chiste. Como el del señor tan, tan pulcro y remilgado, que nunca le llevaba la contra a nadie. Y una vez oyó a un contertulio hablar

de ciertas damas. Primero las elogió, y el señor pulcro coreaba "Dignísimas, dignísimas". Pero después, el comentarista aludió a presuntos amoríos. Entonces, el señor pulcro, siempre aquiescente, dijo:

—Putísimas, putísimas.

Neruda "usaba" el chiste cada vez que se encontraba en presencia de algún remilgado. Se acercaba a uno de sus amigos, de aquellos con quienes compartía el chiste, y le susurraba: "Putísimas, putísimas".

### ¿Color papagayo o gallina?

Las evocaciones que se hicieron durante el ciclo fueron múltiples. Fernando Castillo Velasco, ex-rector de la Universidad Católica y arquitecto, abordó a Neruda haciendo una fusión de arquitectura y poesía.

Según Castillo, "la arquitectura es poesía: en ella, el pueblo cuenta su historia, sus dramas, sus fracasos, sus alegrías. Habla del horror de la pobreza y de la iniquidad de la riqueza". Y Neruda, audaz constructor de viviendas poco o nada corrientes, hizo en ellas una fusión de su propia creatividad con la materia.



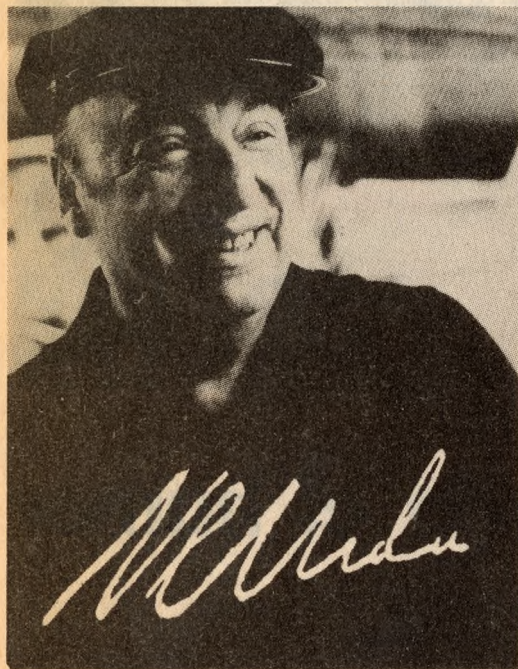
De paso, al explayarse sobre el tema, Castillo demostró que él mismo no deja de ser poeta, además de arquitecto.

El entusiasmo de Neruda por las casas tuvo diversas expresiones. Una, que Velasco propone para el presunto libro con *Todo el humor*: cuando se inauguraba la Sebastiana, no faltó alguien que le comentó a su dueño, todavía chocho con su obra:

—¿Cómo se te ocurrió pintar la casa como un papagayo?

—¿Y por qué todas hay que pintarlas como gallinas? —retrucó Neruda, mirando los verdes, los azules-paquete-de-vela, los amarillos.

No es que tomara a lo solemne su ofi-



El poeta: también su sonrisa

cio. En una ocasión, fue a verlo un industrial que le propuso invertir en un negocio equis. Y le mostró un largo informe, con costos alternativos, factibilidades, insumos y consumos... Pero nada acerca de las ganancias. El comentario fue:

—Seré poeta, pero no tanto.

### Con disfraz de fantasma

A veces, incluso, como que prefería no serlo. Al llegar a una capital hispanoamericana, en el comité de recepción venía un caballero muy pomposo y grandilocuente, que le anunció con voz vibrante: "En nuestra capital, 400 poetas os esperan". Neruda, apocándose, murmuró:

—¿Y qué voy a hacer yo entre tanto poeta?

En su charla, que tuvo por título *Neruda en el corazón*, el novelista Poli Délano evocó las experiencias del poeta en España, en la época previa a la guerra civil: "Había arrendado un departamento en un edificio llamado Casa de las Flores y reunía en él, en una gran sala formada me-

dante la demolición de un tabique, a sus amigos chilenos, españoles, de todas partes".

El chileno Acario Cotapos se encontraba con el granadino García Lorca, que "improvisaba una pantomima caricaturizando los últimos momentos del mariscal Hindenburg, sus funerales, los discursos de Hitler, donde Neruda se disfrazaba de fantasma y las fiestas se prolongaban hasta tarde".

No tardó en estallar la guerra, y Neruda comenzó a escribir una poesía de combate. Poco a poco empezó a formarse uno de sus libros, *España en el corazón*, un canto de ira y de fe, de afecto y pesar. Fue el inicio del compromiso político de Neruda, que pronto trabajó en la organización de un congreso mundial de escritores al que asistieron o adhirieron de Selma Lagerlöf a Octavio Paz, de Aldous Huxley a Gabriela Mistral, de Ernest Hemingway a Vicente Huidobro.

A su participación activa en el proceso histórico se unió una nueva forma de hacer su oficio, comentó Poli Délano. Después de una obra compleja, con zonas oscuras para muchos, surge "esa sencillez capaz de llegar a todos..."

### ¿Agarrado o amarrado?

Otro ganador del Premio Nacional de Literatura, Francisco Coloane, recordó cómo "yo, a veces, después de unos tragos de chicha de Quilicura, me permitía corregirle sus versos y él sonreía. Así, de *Enfermo en Veracruz*, cuando exclama: 'Océano, tráeme un día del sur agarrado a tus olas', le decía: 'Pablo, no encuentro marinerito ese *agarrado*; debieras decir *amarrado*'".

Y el poeta sonreía.

En realidad, la sonrisa de Neruda, su presencia "en pantuflas", parece haber sido uno de los signos de esta serie de homenajes. Además, concordaba con lo que, antes de cada charla, aparecía en el escenario con la *Ardiente paciencia* de Antonio Skármeta, puesta en forma sencilla y conmovedora por Julio Jung y María Elena Duvauchelle.

*Ardiente paciencia* dio el clima. No se trataba de grandes elogios fúnebres al poeta que "no sabría qué hacer" con 400 poetas, al hombre travieso que solía disfrazarse, o usar anteojos extraños, o tomarle implacablemente el pelo a la gente seriota. Hay un parentesco cercano entre el Neruda de la obra teatral y el que describieron sus amigos.

### "Así fue. Así se fue..."

El mismo Velasco cita un ejemplo: mientras preparaban una edición de lujo de los *20 poetas de amor y una canción desesperada*, el autor fue un día a la imprenta junto con el grabador Mario Toral. Toral tenía entonces una *citrola* decrepita y,

## GRANDES FIRMAS

# El oficio de escribir

JOSE MARIA GIRONELLA

**D**urante siglos el escritor se dirigía a un público muy restringido. Antes de la invención de la imprenta, ¿cuántas copias se hacían de un manuscrito original? De ahí que la sabiduría quedara congelada en los conventos y en otros lugares más o menos inaccesibles. Ahora se reparte por doquier, se vende hasta en los quioscos y la nueva tecnología permite hacer largas tiradas en cuestión de pocas horas.

Con la invención de la imprenta se produjo la eclosión. Los escritores se dieron a conocer por sus obras y fueron mitificados, muchas veces porque se desconocía su vida íntima e incluso sus rasgos personales. El pueblo llano adornaba sus cabezas con coronas de laurel o los repudiaba, según las creencias y las modas de la sociedad. Y aparte el pueblo llano, y a menudo sin que a éste se le diera tiempo a juzgar, instituciones como la Monarquía, el Papado, la Inquisición, quemaban o colgaban a los autores, como fue ahorcado uno de los hermanos de Lenin, circunstancia que había de marcar para siempre al jefe de los bolcheviques.

Los escritores nacían por generación espontánea y su profesión solía ser absorbente. Muchos escribían en circunstancias adversas, a la luz de una vela, muertos de frío, como, por ejemplo, Ramón Llull. Si sus ideas chocaban con los poderes fácticos —Dostoievski—, eran considerados delincuentes, encarcelados, carne de cañón. Si se dedicaban a halagar a las jerarquías reinantes, eran agasajados y gozaban de los máximos privilegios. Actualmente sólo sigue siendo así donde impera una dictadura, sea cual sea su color. O "militante" o "disidente". Los militantes son galardonados, los disidentes se pudren en las cárceles o en los "gulags" de turno. No resulta fácil, cómodo, enfrentarse con la tiranía. Por ello quienes podemos, como ahora

cuando lo invitó a subir en ella, Neruda comentó, mirando el achacoso vehículo:

—¿No sería mejor que se lo lleváramos al editor para que la encuadernara?

Tampoco faltaron los toques emotivos. Inés María Cardone, que debió conocer a Neruda como periodista, abordó el ángulo del amor. Recordó, por ejemplo, la hermosa historia que unía a ese joven provinciano de los primeros tiempos con Alberti-



en España, escribir con libertad, debemos empaparnos de gozo, cantar aleluya y casi, casi, abrazar a las mujeres por la calle, proclamando nuestro entusiasmo.

**C**ervantes dijo que la pluma es la lengua del alma. El escritor, en la democracia, puede mostrarse tal cual es. Como el pincel retrata los cuerpos, la pluma pinta al vivo las virtudes de los ánimos, escribió Quevedo. Lo inconcebible es que, en régimen de plena libertad —la palabra *absoluta* debería usarse sólo en teología—, haya quien se venda por un plato de lentejas para halagar al prepotente o para ayudarle en una campaña electoral. Lo del escritor comprometido, que puso de moda, entre otros, Jean Paul Sartre, se me antoja fuera de lugar, a menos que el escritor se comprometa precisamente a no comprometerse, a salvaguardar su independencia. Ningún escritor puede ser objetivo, puesto que, en el momento en que elige una palabra y no otra, deja ya de serlo; pero sí puede ser imparcial. Conceder al adversario su parcela de razón...

Las condiciones en que se debate el escritor han cambiado radicalmente en los últimos decenios, en virtud del imperio de la imagen y el avance de los medios de comunicación. La sociedad, celestina de lujo, le tienta con toda suerte de espejismos. Pocos son los literatos —palabra horrenda— que polarizan sus energías en una sola dirección. Tientan el cine, la televisión, la radio, la prensa, los congresos y seminarios. Por un lado, ello es un enriquecimiento y cabe imaginar que un Shakespeare redivivo se dedicaría ahora a dirigir películas; pero, por otro lado, se produce la dispersión. Son pocas las obras actuales que resuman esfuerzo prolongado, codos en la mesa a lo largo de dos o tres años. Se está perdiendo la capacidad de concentración. El mundo es tan diverso y atrayente que arrastra al hombre plumífero y se convierte en su cebo letal.

A más de esto, se nos muere la curiosidad. La cibernética, la informática y demás tentáculos similares nos pillan desprevenidos a los escritores que peinamos canas, nos dejan fuera de

juego. Ignoro lo que darán de sí las jóvenes, las futuras generaciones, nacidas ya en la época de la investigación espacial y del microscopio electrónico. Sentimientos antaño hondos, que nos embargaban, ahora se nos antojan ridículos. ¿Quién osaría, ahora, escribir: *Poesía eres tú?* ¿Quién osaría, ahora, escribir: *Madre sólo hay una?* Basta con oír un diálogo entre chavales de diez años para vacunarse contra el encanto de la primavera y el polen de las flores. El vocabulario cambia de continuo y es preciso adaptarse. Claro que existen temas eternos, como el amor y la muerte, pero su entorno es otro y a menudo basta con tres líneas para describir circunstancias que a los novelistas del siglo pasado les exigían largos párrafos. La ciencia-ficción provoca ensimismamiento. Hipnotiza, anega de futuro nuestro primario cerebro. Los *comics* y los dibujos animados de la tele instalan la mente de los bebés y de los adolescentes en el siglo XXI.

**C**laro que la naturaleza se resiste a modificar su estructura, y proliferan las sectas, y en Turín se concentran 30 mil endemoniados —el Vaticano ha enviado media docena de exorcistas—, y los últimos cosmonautas realizan su misión con cierta rutina, lejos de emplear, como el pionero Frank Bormann, la palabra milagro. Reviven las ciencias ocultas, el Tarot y la magia negra, la caza de brujas y los horóscopos de tres al cuarto, territorios a veces dignificados por personalidades como el profesor Jiménez del Oso.

Nadie puede garantizar que entre nosotros no existan profetas como los inmortalizados por la Biblia. Lo que ocurre es que no acertamos a reconocerlos. Partiendo de esas bases, hay que admitir que a los escritores actuales las cosas se nos ponen cuesta arriba. Nos vemos obligados a abarcar épocas enteras. No deja de sorprender que, en el campo de la creación literaria, los últimos grandes *best-sellers* mundiales han sido obras ubicadas en tiempos pretéritos, como *El nombre de la rosa* o las *Memorias de Adriano*.

El oficio de escribir suele subdividirse ahora en otros muchos oficios, fre-



cientemente emparentados con el periodismo en cualquiera de sus variantes. Es una necesidad. Pero a la vez es una trampa. El talento se desparrama en migajas o en calderilla. ¿Quién dijo que es imposible ponerle vallas al campo? El campo puede parcelarse. Por imperativo de la ley o por propia voluntad. No empecinarse en cultivar todos los géneros. Auscultarse. Conocerse. “Yo sirvo para esto, pero no para lo de más allá”. Sólo unos pocos genios como Miguel Ángel, como Leonardo da Vinci, pueden dedicarse sin riesgo al polifacetismo; a los demás mortales nos basta con una sola función. Si recuerdo a Andrés Segovia, le recuerdo siempre sosteniendo en la mano una guitarra. Si recuerdo a Van Gogh, le recuerdo siempre con pincel, rodeado de girasoles o amapolas. Si recuerdo a Dalí, le recuerdo también con un pincel o una espátula, o dictando conferencias con una tortilla chorreante en la cabeza. Claro que Dalí ha escrito asimismo textos muy brillantes, aunque poco conocidos; pero es que el talento de Dalí rebasa lo normal, es asombrosamente exacto, no porque su padre fuera notario, sino porque a través de él la naturaleza ha querido dar también prueba fehaciente de sus inmensas posibilidades.

Copyright: Agencia EFE

na Azócar, inspiradora de los *20 poemas*.

Versos, cartas, recuerdos. Conversando con Albertina Azócar, Inés María Cardone, impresionada por una huella tan larga y a la vez tan profunda de amor, le preguntó por qué, siendo así las cosas, no se habían casado Neruda y ella. Respuesta: —Es que eran otros tiempos.

A la emoción se sumó el dramatismo: la

propia Albertina estaba allí, y leyó con tono trémulo algunos poemas. Conmovió oírle frases como: “Escucha otras voces en mi voz dolorida”, o “eras la boina gris y el corazón en calma”.

También en la voz de Albertina Azócar se oía otra voz.

Nemesio Antúnez recordó el día del entierro de Neruda, cuando llegó a su casa

saqueada y destruida en parte por asaltantes cuyos nombres siguen sin saberse. Habían roto cuadros, muebles, vidrios. Para llevar el ataúd, contó Antúnez, “caminamos pisando vidrios quebrados”. En el cementerio, desde las tumbas asomaban metrallas que apuntaban al cortejo. Igual al salir. “Así fue. Así se fue este hombre”.